

ber veraneado en una estancia para conocer el abismo que existe entre la psicología del porteño y la del provinciano; y con unidades psicológicas de diversa naturaleza no se tendrán multitudes iguales.

Sin insistir sobre las lamentaciones por la falta de multitudes contemporáneas, no es posible dejar de observar lo inoportuno de cierta laudatoria política en el último capítulo: Ramos Mexía se ha propuesto hacer una obra científica y esas cosas no caben en las de tal índole.

Mucho más pudiera decirse de esta obra; el elogio tendría vasto campo de aplicación si se quisiera penetrar en el estudio de muchas y muy buenas observaciones de detalle.

Si se desprende de ciertas equívocas doctrinas importadas y emprende, con la guía única de su talento y sus conocimientos, la tarea de estudiar la época de Rosas, la historia nacional contará quizá con una obra sólida y completa de aplicación del criterio científico, que sería la primera. *Las Multitudes Argentinas* ha resultado una tentativa inteligente y hermosa, pero deficiente.

La Ciudad Indiana. ⁽¹⁾

- I.—Severidad del método y unidad de criterio.
 II.—Las condiciones económicas de la evolución colonial. III.—Los rasgos salientes del régimen. IV.—Formación de la mentalidad argentina.

(1) Publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1900.

SEVERIDAD DEL MÉTODO Y UNIDAD DE CRITERIO

Sin una concepción general de nuestra evolución histórica y sin ideas sociológicas que coordinasen las investigaciones, las crónicas fragmentarias y unilaterales publicadas antes de ahora sobre los orígenes coloniales argentinos han sido incapaces de definir un solo problema fundamental ó de iluminar un oscuro horizonte. En algunos casos eran simple acopio de hechos y fechas, hilvanando el sospechoso espunte de preocupaciones apasionadas; en otros una compañía de supuestos grandes hombres representaba el primer acto del drama nacional, que en los siguientes se inclinaría á asumir sangrientos matices de tragedia, para resbalar al fin en las amenas imprevisiones de la comedia política contemporánea. Nuestros hechos, nuestras fechas, nuestros héroes, no habían sido estudiados «en serie»; no se sospechaba que cada uno de ellos fuera un punto en una línea no interrumpida y el eslabón de una cadena interminable: cada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1625 MONTERREY, MEXICO

aspecto de la vida social entramado en el desarrollo de todos los restantes.

Apuntamos esas censuras para apresurarnos á agregar que *La Ciudad Indiana*, de Juan A. García, es un libro de méritos nuevos y de índole muy diversa. Se explica que en su elogio algunas opiniones amistosas—que en nuestro país constituyen la crítica—hayan excedido toda medida, sin advertir, empero, sus verdaderas y perdurables utilidades; acostumbrados al relato personal, ponderado en Paz y Mitre, ó elocuente en López y Estrada, esta restauración metódica y objetiva de nuestra formación colonial los ha deslumbrado sin esfuerzo. Sin creer que *La Ciudad Indiana* constituye una obra perfecta—pues su mismo autor insiste en que «alcanzar la verdad histórica es un feliz accidente»—, cabe aplaudir en ella el estudio coordinado y sistemático de nuestra vida nacional, en su primera época: el coloniaje argentino ha encontrado su anatomista, observador siempre y agudo con frecuencia.

En este libro aprendemos á conocernos «ab ovo». Los fenómenos sociales aparecen estudiados en formación continua, desde los comienzos de la conquista hasta el momento en que la colonia va á transformarse en nacionalidad, capaz de vida autónoma y fecunda. La primera sorpresa de *La Ciudad Indiana* es su método: en su objetividad estriba su excelencia. La falta de juicios aprioristas

le da interés: el lector deduce las conclusiones al fin de cada capítulo, después de conocer los hechos. Estos no son descritos á manera de fotografías, con una objetividad estática; están cinematografiados en constante evolución, con objetividad dinámica. Tal como evolucionan en la realidad, que continuamente deviene.

El autor señala, en un sintético prefacio, «la influencia de Taine en la filosofía política, de Fustel de Coulanges en el método». Excelentes compañeros, sin duda; pero si él no los nombrara podríamos haber buscado sus precursores en la propia literatura argentina. Y los habríamos encontrado, ciertamente; es sensible que la mejor erudición europea haga olvidar en nuestro país toda frecuentación de los propios escritores.

Echeverría, Alberdi y Sarmiento sugirieron algunas normas fundamentales para estudiar la evolución argentina. Sin pretensión de historiadores, ellos demostraron claramente que la organización de nuestro pueblo está condicionada por factores naturales—el medio y la raza—y que sus variaciones políticas dependen, en última instancia, de sus variaciones económicas. Echeverría, en su *Plan Económico* y en otros escritos, planteó en forma expresa la necesidad de estudiar las condiciones económicas del país para comprender el ritmo de sus transformaciones políticas; Alberdi, principalmente en sus *Estudios Económicos*, puso las pri-

meras piedras miliars de esa magna vía poco frecuentada por nuestros historiadores; Sarmiento estudió con genial anticipación la doble influencia del medio y de la raza, en su popular *Facundo* y en su casi ignorado *Conflicto y Armonías de las razas en América* (1).

Con tal abolengo argentino—más ilustre si se tiene en cuenta lo exiguo de nuestra producción intelectual—*La Ciudad Indiana*, de Juan A. García, confirma la importancia de la interpretación económica de la historia en la sociología contemporánea y pone de relieve sus ventajas para estudiar la evolución de la nacionalidad argentina. ¿Qué mejor prólogo pudiera tener su obra que la siguiente página olvidada de Echeverría? «Util é interesante sería indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y el ganado desde fines del siglo pasado hasta hoy, calcular el número de haciendas que existía entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca han destruído sin fruto, el consumido productivamente en este período y el que hoy existe. Así podríamos averiguar si en punto á riqueza debemos algo á la revolución, ó si en éste, como en muchos otros, hemos más bien retrogradado. Averiguar también la población de

(1) Hasta la fecha de aparecer este ensayo ese último libro no era citado por ningún historiador ó sociólogo argentino.

entonces y de ahora, el valor de las principales mercancías peninsulares que se consumían entonces y el que han tomado nuevamente los extranjeros desde la revolución. Calcular la riqueza, lo que se consumía en esa época, los objetos peninsulares de primera necesidad y lo que se consume hoy en los mismos, para ver hasta qué punto han aparecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han extendido en ellas las comodidades. Si contamos hoy con más riqueza real que en aquellas fechas, cuando circulaba mucho oro y plata y estaba á granel en las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre. Estos datos y otros muchos podrían engendrar con el tiempo una ciencia económica verdaderamente argentina, y estudiada nuestra industria la ilustraría con sus consejos y le enseñaría la ley de la reproducción... Por más que hagan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes universales en el desarrollo de la riqueza y de la industria, no son más que sistemas ó teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha ejercido prodigios, donde 30-

breabundan los capitales y los hombres y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización. Verdad es que ellos han descubierto porción de verdades económicas que son de todos los tiempos y climas; pero si se exceptúan estas verdades, de poco pueden servirnos sus teorías para establecer algo adecuado á nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto, pero no cuando se trata de aplicarlos á un país nuevo, en donde nada hay estable, todo es imprevisto é independiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos, en donde es necesario obrar contra la corriente de las cosas para ajustarse á un principio cuya verdad no es absoluta. Hemos visto, sin embargo, en nuestras asambleas, como en política, disputar en economía cuando se trataba de fundar un impuesto, de arbitrar medios para el erario, de establecer bancos, etcétera, á nombre de tal ó cual economista; echar mano de la economía europea para deducir la economía argentina, sin tener en consideración nuestra localidad, nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los elementos que constituyen nuestra vida social.—«*Plan Económico*».

Lo significativo de esta cita disculpa, ciertamente, su extensión. *La Ciudad Indiana* llena con éxi-

to la parte de ese programa que se refiere á nuestra vida colonial.

Indefinidas son, sin embargo, las proporciones cronológicas de esta obra. El autor excede, con frecuencia, su propósito de estudiar desde el siglo XVI hasta mediados del XVIII; á menudo invade la Revolución; y, en ciertos casos, relampaguea una mirada sobre el cuadro de la vida contemporánea. En esto vemos una prueba de la artificialidad de los límites que se ha impuesto.

En primer término, la formación natural de la colonia resulta un tanto incomprensible sin el conocimiento previo del medio físico y de las razas que en él se refundieron: estudio que Sarmiento planteó en sus grandes líneas, aunque no pudo realizarlo en forma completa (*Conflicto y Armonías*, etc.). Por otra parte, si la Revolución es hija del Coloniaje y madre de las luchas por la Organización Nacional, y si de ésta ha surgido nuestra manera de ser contemporánea, con todas sus pinceladas de sombra y todos sus efectos de luz, no se explica la imposición de límites que, bruscamente, descoyuntan una serie de hechos cuya exacta comprensión depende precisamente de la observación del conjunto: en continuidad.

Es así que los hechos estudiados le arrastran á rozar algunos problemas de la Revolución y la Organización. Y lo hace con tal acierto que el lector desea ver destinados un segundo, tercero

y cuarto tomos, á seguir el desarrollo sistemático de las diversas instituciones coloniales en la Revolución, la Organización y la vida presente. Probable es que el autor tenga el propósito de hacerlo; pero, en ese caso, ¿para qué anticipar juicios provisorios sobre cuestiones transcendentales de nuestra vida nacional, que deben ser detenidamente estudiadas para no caer en improvisaciones estériles?

II

LAS CONDICIONES ECONÓMICAS DE LA
EVOLUCIÓN COLONIAL

En *La Ciudad Indiana* confirmase la preeminencia de la economía en la evolución histórica, cuya aplicación á la historia argentina hemos intentado en algunos ensayos (1), siguiendo las huellas de Alberdi. Estrada, en sus lecciones de historia (*Obras Completas*, vol. II y III), advirtió

(1) *De la Barbarie au Capitalisme*, en «*Humanité Nouvelle*», París, 1898, y en «*Revista de Derecho, Historia y Letras*», Buenos Aires, 1899.

Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas, en «*La Escuela Positiva*», Corrientes, 1898.

Posteriormente:

El Economismo Histórico y la Sociología Americana, en «*Actas del Congreso Científico*», Montevideo, 1901.

Politica e Socialismo nell'Argentina.—«*Avanti!*» Roma, 1905.

Les causes économiques de l'évolution argentine.—«*Le Mouvement Socialiste*»—París, 1906.

La evolución política argentina y sus bases económicas.—«*La España Moderna*», Madrid, 1906.

Y en otros artículos no incluidos en el presente volumen.

su importancia, lo mismo que Mitre en su historia de San Martín (cap. I); López y Paz tropiezan á menudo con las causas económicas de los hechos que narran en tan diverso estilo, aunque con igual tendenciosidad. Huelga citar á los cronistas menores.

Pero solamente en la obra de J. A. García el economismo histórico aparece como un sistema aplicado metódicamente. La doctrina es notoria. Intuída por muchos y en todos los tiempos, ella fué concretada por Marx para explicar varios episodios históricos modernos; con Loria y De Molinari asumió caracteres de sistema. No obstante las divergencias políticas de sus creadores y la orientación particular que cada uno le imprime, la doctrina ha obtenido ya la sanción más segura: ser adoptada aun por los que afirman combatirla. La circunstancia de haber sido empleada como instrumento de propaganda por los escritores socialistas ha obstado á su progreso; desde ese punto de vista, el autor de *La Ciudad Indiana* podrá ser citado con frecuencia como un corroborador de una de las doctrinas esenciales del socialismo. No, por supuesto, como un socialista de club proletario, ni un militante político; hay otros—y nos lo hace meditar su libro—que hacen socialismo verdadero y útil, lejos de los clubs, donde la pasión enturbia el raciocinio, donde el sectarismo da una rigidez de cadáver á la doctrina no com-

prendida, donde la energía de los inteligentes se hace trizas contra la impermeabilidad del gran número (1).

El libro de Juan A. García será durante mucho tiempo la mejor prueba de las bases económicas de la historia argentina que los socialistas inteligentes puedan ofrecer á sus adversarios inteligentes: á los pocos que puedan interpretarlo y sacar ciertas conclusiones que no figuran en él. Esas conclusiones serían fundamentales para comprender el porvenir económico de la política argentina; de igual manera, las ideas de Spencer han servido de guía conductora hacia el socialismo: á pesar de que ese autor, no llegando hasta las conclusiones de sus propias premisas, ha creído deber afirmarse como su adversario.

El estudio sistemático de nuestra economía colonial no se había realizado hasta ahora; en este sentido el mérito de *La Ciudad Indiana* nos parece absoluto. Esta es la primera vez que, en nombre de la sociología, se toma posesión de esa comarca ignorada; y queda desde ahora concretada en cifras y en precios toda la evolución de nuestro coloniaje.

Y así debe hacerse. Algún día la historia se escribirá mediante diagramas, cuyas líneas seña-

(1) Desde seis años antes de publicar estos párrafos, y hasta dos años más tarde, el autor estuvo afiliado en el partido socialista.

larán el origen y evolución de las instituciones sociales, de los sentimientos individuales y colectivos, de las ideas, todas ellas marchando sinérgicamente, influenciándose entre sí, pero siguiendo—en general—la trayectoria de la línea esencial del diagrama: la línea que señale el desenvolvimiento económico de cada grupo social, la que evidencia el aumento progresivo de su capacidad productiva, es decir, de su aptitud para arrancar á la naturaleza un máximum de medios de subsistencia con un mínimum de esfuerzo.

De su estudio de nuestra vida colonial; el autor ha llegado á entrever—y era inevitable—que la Revolución de Mayo fué la resultante de profundos intereses económicos puestos en conflicto por los sistemas usados por España para explotar á sus colonias. Los que hemos observado la historia nacional bajo el mismo prisma adoptado en *La Ciudad Indiana*, le hemos precedido en esa conclusión, aunque nunca con tan decisivos fundamentos como J. A. García. Eso prueba las ventajas que da, á los estudiosos, la posesión uniforme de un criterio y un método históricos verdaderamente científicos. Moreno (en su *Representación de los hacendados* y otros escritos menores) dejó el testimonio más seguro de que la emancipación argentina fué un resultado natural de conflictos económicos, circunstancia bien confirmada en una reciente monografía de Justo.

Nuestras grandes luchas internas del período de la organización nacional fueron también la resultante de conflictos entre grandes intereses económicos antagonistas, como afirma Alberdi explícitamente. Para el autor de *La Ciudad Indiana* se trata en líneas generales de una lucha de clases entre una burguesía unitaria y un proletariado federal; opinión que parece compartir L. Lugones (estudio crítico sobre *Las Multitudes Argentinas*). Nosotros creemos que se trata de una lucha entre dos fracciones de la misma clase gobernante, cuyos intereses son contrarios, y que una de ellas puede haberse atraído la cooperación del proletariado de las campañas por cierta comunidad de intereses, transitoria ó aparente; la diversidad de intereses que motiva ese conflicto parécenos debida principalmente á la diversa situación geográfica: la civilización se subordina á las condiciones topográficas. Buenos Aires, en nombre de la economía capitalista que va invadiendo el país, lucha contra el interior que vive en plena economía feudal. Y esa será, acaso, una de las bases de los futuros conflictos económicos del país, como hemos afirmado antes en esta misma *Revista* («De la Barbarie al Capitalismo»).

En la concepción general de que esas luchas tuvieron un substratum económico, nuestro acuerdo es completo; y es justo reconocer que García la presenta escoltada por un acopio de datos his-

tórico-sociológicos de que, hasta ahora, no se le había podido revestir, y que le dan inusitada fuerza de convicción. De esas premisas puede inferirse una justa comprensión de ciertos problemas económicos contemporáneos. El autor ha enfocado su microscopio: los que acerquen inteligentemente la pupila al ocular podrán ver con claridad, á menos de empeñarse en cerrar los ojos ante los fenómenos que están debajo del objetivo.

En suma, convenimos plenamente con el concepto histórico general que inspira este libro, aun viendo la posibilidad de haber sacado mayor partido si el autor hubiera extremado su aplicación. Su obra es más digna de aplauso si se tiene en cuenta la incultura sociológica del público á que está destinada.

III

LOS RASGOS SALIENTES DEL RÉGIMEN

Los principales caracteres económicos de la colonia son fáciles de sintetizar; sus rasgos esenciales han sido anteriormente esbozados por el autor de *La Ciudad Indiana* en dos libros que preludaban su aparición. En *Régimen Colonial* decía ya: «La época colonial no tuvo otro propósito que la explotación de tierras, indios y negros; colosal empresa de comercio con su derecho especial adecuado al mejor desarrollo del negocio» (pág. 21). La colonia se desenvuelve con tipo pastoral y más propiamente como un abocamiento de la tierra, cuya valorización por el trabajo de los que no la poseen constituye en ese entonces, lo mismo que hoy, el eje de todas las fortunas improvisadas sin aptitudes de trabajo ó despreciándolas. «De los varios elementos morales y materiales que contribuían á mantener esa aristocracia, diferencia de razas, legislación económica, religión, dominio de la tierra..., el último tenía que ser indiscuti-

blemente el más eficaz; única fuente de riqueza y de prestigio en una sociedad sin carreras liberales, en la que el comercio era despreciado y rozaba á cada paso las fronteras de la ley penal, que por sugestión hereditaria y viejas tradiciones caballerescas dejaba los oficios industriales, ocupaciones villanas de moros y judíos, á los negros, indios, mulatos y mestizos, prohibiéndoles otras profesiones, «por no ser decente que se ladeen con los que trafican y venden géneros». Además de ser el único medio de sustento digno é independiente, la propiedad era requisito indispensable para el ejercicio de los pocos derechos políticos coloniales y una garantía relativa de que serían respetados los derechos privados» (pág. 22). Ese régimen económico «impedía la formación de una clase media, cuya falta se siente en todos los momentos de la evolución democrática iniciada en 1810» (pág. 1).

Sobre este factor esencial de la naciente economía argentina, García insiste en su *Introducción á las Ciencias Sociales Argentinas*, criticando á Alberdi por no haber dado la merecida importancia al estudio de la distribución de la tierra y planteando—sin resolverlas—sus consecuencias posteriores al año 1810 (pág. 82); el mismo párrafo se repite en *La Ciudad Indiana* (pág. 18), con ligeras variantes. En cambio, podemos señalar que el hecho no pasó totalmente desapercibido

para Estrada (*Lecciones de Historia Argentina*, volumen I, cap. V, pág. 174 y sig.) y para Vicente G. Quesada en su documentado ensayo (*Vireinato del Río de la Plata*, 1881).

Por este punto—y con toda exactitud, dados los caracteres especiales de nuestra economía colonial—García se adhiere al criterio sociológico de Loria, antes que á los de Marx y De Molinari, dentro del economismo histórico. Es la forma de apropiación de la tierra la que determinó la preeminencia del pastoreo sobre la agricultura durante el coloniaje, repitiendo el ritmo natural de la evolución económica en la historia de la civilización.

«La agricultura es oficio bajo. En la madre patria arar la tierra es tarea de villanos y de siervos; en América, de tontos» (pág. 14). El desprecio del trabajo crece á la sombra del sistema (páginas 62, 63, 80, 85, 133, etc.), convirtiéndose en ganzúa moral de toda labor honesta. La advenediza aristocracia de terratenientes, imbuída por los prejuicios feudales y retrógados de los españoles (pág. 73), resiste al adelanto de la familia agricultora, más moral, menos nómada, verdaderamente inclinada á vincularse á la nacionalidad en formación (págs. 64 y 65). El proletariado criollo se desenvuelve en la miseria material y moral, sin posibilidad de radicarse á la tierra en que

trabaja irregularmente, pospuestos sus brazos á los del esclavo, más ayugado y barato.

Un hecho esencial, señalado por García, es que no se forma una clase media. Una minoría de criollos entra á vivir como sus ascendientes españoles, movidos por iguales resortes psicológicos, con idéntica imprevisión y ligereza. Y es ella, verdadera burguesía feudal autóctona, la que aprovecha las desventuras del proletariado criollo para emanciparse de los feudatarios españoles. La Revolución no encuentra clase media: pequeños terratenientes, agricultores, comerciantes ó industriales. El comercio colonial es un semillero de abusos, coacciones y oprobios de todo género, monopolizado por los peninsulares (caps. VI y VII). Ninguna industria puede florecer, no obstante pulular caballeros de ella que contrabandean sin medida en complicidad con los funcionarios españoles, cuyo Gobierno es canceroso. El mal político de entonces (caps. VIII y IX) ha dejado tan hondos rastros en las costumbres del país, que el autor no vacila en atribuirle todas las corruptelas políticas que aun vician á la democracia argentina. Españoles y criollos, padres é hijos, vivían entre el recelo y el odio recíprocos (pág. 93); en los descendientes, excluidos del monopolio administrativo y político, fermentaban ya el desprecio por la ley, siempre mala, y el sentimiento de la grandeza futura, fácil de comprender desde el

enriquecedor siglo XVII. La minoría copartícipe de la tierra quiere ser copartícipe de la administración pública; los «hacendados» en cuyo nombre escribe Moreno, quieren gobernar sus haciendas con más libertad de la que permite el Gobierno español y con menos obligaciones tributarias. Comprenden que para atraer á su causa al proletariado criollo necesitan hacer hincapié en la más terrible de las causas que obstan á su mejoramiento económico: la acaparación de la tierra. «La venta de tierras—dice el *Semanario*—rinde al Estado una miserable utilidad y pone en posesión al poderoso de una tan crecida porción de ellas, que se hace imposible el que jamás la puedan cultivar con regular provecho. El repartirlas de balde en regulares proporciones suficientes á poblar unas medianas estancias, con expresa condición de ser pobladas en determinado tiempo, pasado el cual deberían pasar á otro dominio, las pondría á todas florecientes por la constante aplicación de los brazos que las dirigirían sus propietarios». La visión del mismo problema inspiró una de las grandes iniciativas de Rivadavia; hoy, después de un siglo, la cuestión se mantiene en los mismos términos. La clase gobernante argentina heredó los métodos administrativos instaurados por el «godo», á quien se limitó á suplantar en el ejercicio de sus torpezas económicas y sus vicios políticos. «Nada tiene de extraño que se atrofiaran, que al llegar

los momentos críticos fueran incapaces de un esfuerzo serio y continuado para realizar un ideal político. Por espacio de dos siglos ese conjunto de influencias que las animan mientras permanecen en el seno del pueblo, habían sido oprimidas y sujetas á una disciplina odiosa y absurda. Por eso faltaron en nuestras revoluciones, convertidas en meras agitaciones de superficie, sin ideal ni raíces en la sociedad, que permanece indiferente, quieta, algo recelosa por sus bienes; simples dislocaciones del Estado, encabezadas y dirigidas por sus mismos instrumentos de acción, presidentes, Congresos, gobernadores, militares, y que tienen por única base la fuerza oficialmente organizada que consiguen arrebatarse» (pág. 155).

IV

FORMACIÓN DE LA MENTALIDAD ARGENTINA

Es un libro escaso de conclusiones; la acumulación de los datos converge á que ellas sean alcanzadas por el agudo lector, excepcional siempre.

Cuanto dijimos acerca de los límites cronológicos del libro, explica—en parte—que ellas no sean sintéticas y fundamentales en cuanto á la formación de la nacionalidad. Desde el punto de vista psicológico—y confirmando sus libros ya citados—, el autor de *La Ciudad Indiana* establece que «tres ó cuatro sentimientos se destacan con bastante nitidez: la fe en la grandeza futura del país, el pundonor criollo, el culto nacional al coraje, el desprecio de la ley, que han sido los motivos de la voluntad de la época. El lector los percibirá animando todos los fenómenos; imprimiendo sus rasgos peculiares á la evolución de la sociedad y del derecho; incorporados al organismo físico individual de una manera permanente y definitiva, como los demás sentimientos co-

munes, la simpatía, la familia, el patriotismo». Pudiera interpretarse que, para el autor, los hombres, su engranaje de ideas y sentimientos, mueven la historia; considera como su fuerza impulsora lo que es simplemente la manifestación de la superestructura psicológica del grupo social: creemos que éste obedece á la acción del doble ambiente físico-social, más bien que servirle de guía. Los sentimientos y las voluntades de los hombres hacen la historia en apariencia; en realidad ellos son moldeados y transformados por la acción del ambiente.

Además—y esto nos parece esencial—, esos sentimientos que dominan en *La Ciudad Indiana* no creemos puedan haberse incorporado de manera «permanente y definitiva» á nuestra psicología nacional: ello equivaldría á proclamar que, psicológicamente, fluctuaremos eternamente entre los legítimos herederos del culto del coraje, del desprecio á la ley, el pundonor criollo y la declamación retórica sobre la futura grandeza del país. Confiemos en que la incorporación progresiva de nuevos elementos étnicos concurrirá, con la evolución económica del país, á desmentir ese pesimismo exagerado. No pretendemos con esto desconocer la exactitud de sus observaciones; sí negamos que su interpretación sea exacta. Esos sentimientos no mueven nuestra historia, aunque

acompañan su movimiento; acaso ellos no sean definitivos en nuestra psicología nacional.

Su origen en las condiciones materiales de vida, nos parece desprenderse francamente de los estudios de García. El culto del coraje individual y el sentimiento de la grandeza del país no pudieron escapar á Sarmiento: «Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior á la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia personal y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados ó ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos le echan en cara esta vanidad y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia» (*Facundo*, pág. 33). Esta observación, desarrollada por Sarmiento en otros escritos que huelga citar, necesitaba ser demostrada en función del medio económico y social: en *La Ciudad Indiana* la demostración es completa.

Cabe interpretar un hecho importantísimo que el autor señala y nos parece digno de ser generalizado: el rasgo predominante del sistema—dice—es la lucha entre la sociedad y sus instituciones. Ciertísimo; pero ¿á qué se debe esa lucha? La sociedad argentina se desenvuelve de una manera rapidísima, mientras que sus instituciones no se transforman á la par de su desenvolvimien-

to. Sucede entonces, fatalmente, que «el hecho niega el derecho»; siendo el sistema social un obstáculo para el desenvolvimiento rápido de las fuerzas del país, éstas puján constantemente por derribar el obstáculo.

Una comparación pondrá de relieve esta idea. Imaginemos una semilla en una pequeña maceta. La semilla germina, produce raíces; estas raíces crecen, aunque la maceta permanece siempre igual; llega un momento en que las raíces no caben en la maceta: la rompen. Cambiamos la maceta; las raíces siguen creciendo y la maceta no; llega nuevamente la hora en que la maceta queda hecha pedazos. ¿No ocurre exactamente lo mismo con las sociedades humanas en vía de crecimiento rápido? Mientras el grupo social se desarrolla, el sistema social—representado por su superestructura jurídica—sigue siendo el mismo. De tiempo en tiempo, el derecho se convierte en obstáculo al desenvolvimiento de los hechos: entonces los hechos violan el derecho; y es la repetición, utilísima, de esas violencias lo que prueba la necesidad de reformas en un sentido determinado.

En otro país sería de grande utilidad intelectual un libro como el de J. A. García; es probable que entre nosotros no tenga igual eficacia. ¿Cuántos se ocupan de estudiar sociología general y particularmente la evolución sociológica del país? Media docena, una docena: y es de temer que,

ante esta cifra, asome alguna sonrisa de incredulidad. El ejemplo de su labor no alcanzará á más de una docena de estudiosos, cuya producción es, por cierto, bastante escasa. Desde el libro de Ramos Mexía ninguno importante se ha publicado sobre sociología argentina; y, como se recordará, *Las Multitudes Argentinas* era la fantasía brillante compuesta por un hombre de talento sobre conceptos equivocados y subjetivos.

La Ciudad Indiana, dominado por un espíritu objetivo, de crónica documentada, parecerá acaso un poco exclusivo y estrecho. Será útil, sin embargo, por eso mismo: enseñará, á los que estudian, que es necesario comenzar por reunir los datos para la sociología futura. Como método y factura es el contrapeso de *Las Multitudes*, cuyo valor es puramente literario; es posible que, observando los méritos y flaquezas de ambos, encuentren los estudiosos su centro de gravedad.

Dadas nuestras costumbres políticas, no podemos medir las enseñanzas prácticas de este libro; no servirá gran cosa para guiar á los que viven investigando cuál es el mejor de los prohombres contemporáneos ó cuál será el más pródigo de prebendas entre sus partidarios. Los libros de sociología no podrán servirles. Baste al autor saber que algunos aprovecharán las enseñanzas de su libro, magüer sea con fines puramente intelectuales.

La historia, estudiando la evolución de la hu-

manidad, no es simplemente el arte de relatar los hechos pasados, sino la ciencia que determina las relaciones constantes entre ciertos fenómenos, es decir, las leyes históricas. Lo mismo que en las demás ciencias, para determinarlas es necesario observar y describir los fenómenos, para llegar más tarde á descubrir sus principios más generales. *La Ciudad Indiana* describe, con método, los fenómenos de la vida colonial: el principio de nuestra historia. Es á la Argentina lo que una crónica de los primeros años de la infancia en la biografía de un joven; queda por hacer la crónica de su adolescencia, y luego esperar que viva su vida para definir su personalidad. Sociológicamente, la historia argentina no puede ser más que la biografía de un joven; sería, por lo menos, imprudente pretender encontrarle ya una filosofía de la historia. Mientras sigue recorriendo su vida, sea bienvenido este estudio útil y serio de su infancia, en el cual están sistematizadas muchas observaciones preciosas para los sociólogos del porvenir.

Nuestra América. ⁽¹⁾

I.—*Criterios y métodos sociológicos.* II.—*La psicología de los hispano-americanos.* III.—*La política hispano-americana.*

(1) Publicado en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1903.